

Vicente Blasco Ibáñez

La barraca



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2004
Segunda edición: 2016
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Jules Boquet. *Duelo* (detalle). Museo de Bellas Artes de Rouen.
© ACI/Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2004, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-535-9
Depósito legal: M. 28.522-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
25	Capítulo 2
50	Capítulo 3
62	Capítulo 4
83	Capítulo 5
107	Capítulo 6
123	Capítulo 7
146	Capítulo 8
163	Capítulo 9
189	Capítulo 10

Capítulo 1

Desperezábase la inmensa vega bajo el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del mar.

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño que por lo tibio de su ambiente parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final como si les hiriera la luz del alba con sus reflejos de acero. De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriones como tropel de pilluelos perseguidos, y las copas de los árboles estremecíanse con los primeros jugueteos de aquellos granujas del espacio, que todo lo alborotaban con el roce de su blusa de plumas.

Apagábanse lentamente los rumores que poblaban la noche: el borboteo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barra-

ca; los campanarios de los pueblecitos devolvían con ruidosas badajadas el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, azules, esfumadas por la distancia, y de los corrales salía un discordante concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de mansas vacas, cloquear de gallinas, balidos de corderos, ronquidos de cerdos; el despertar ruidoso de las bestias, que, al sentir la fresca caricia del amanecer cargada de acre perfume de vegetación, deseaban correr por los campos.

El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follaje, y en la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja cuidadosamente labrada.

En los caminos marcábanse filas de puntos negros y móviles como rosarios de hormigas, que marchaban hacia la ciudad. Por todos los extremos de la vega sonaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito arreando las bestias, y de vez en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, rasgaba el espacio un furioso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del pesado trabajo que caía sobre él apenas nacido el día.

En las acequias conmovíase la tersa lámina de cristal rojizo con sonoros chapuzones que hacían callar a las ranas y ruidoso batir de alas, y como galeras de marfil avanzaban los ánades, moviendo cual fantásticas proas sus cuellos de serpiente.

La vida, que con la luz inundaba la vega, penetraba en el interior de las barracas y alquerías.

Chirriaban las puertas al abrirse, veíanse bajo los emparrados figuras blancas que se desperezaban con las manos tras el cogote mirando el iluminado horizonte; quedaban de par en par los establos, vomitando hacia la ciudad las vacas de leche, los rebaños de cabras, los ballejos de los estercoleros; tras las cortinas de árboles enanos que cubrían los caminos vibraban cencerros y campanillas, y entre el alegre cascabeleo sonaba el enérgico «*jarre, aca!*» animando a las bestias reacias.

En las puertas de las barracas saludábanse los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos.

–*¡Bòn día mos done Deu!*

–*¡Bòn día!*

Y tras este saludo, cambiado con toda la gravedad de gente campesina que lleva en sus venas sangre moruna y sólo puede hablar de Dios con gesto solemne, se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido, y si era íntimo, se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa.

Ya era de día completamente.

El espacio se había limpiado de las tenues neblinas, transpiración nocturna de los húmedos campos y las rumorosas acequias; iba a salir el sol; en los rojizos surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los traviesos gorriones, posándose en las ventanas todavía cerradas, picoteaban las maderas, diciendo a los de adentro con su chillido de vagabundos acostumbrados a vivir *de gorra*: «*¡Arriba, perezosos! ¡A trabajar la tierra, para que comamos nosotros!...*».

En la barraca de Tòni, conocido en todo el contorno por *Pimentó*, acababa de entrar su mujer, Pepeta, una

animosa criatura de carne blancuzca y flácida en plena juventud, minada por la anemia, y que era sin embargo la hembra más trabajadora de toda la huerta.

Al amanecer estaba ya de vuelta del Mercado. Levantábase a las tres, cargaba con los cestones de verduras cogidas por Tòni en la noche anterior entre reniegos y votos contra una pícara vida en la que tanto se trabaja, y a tientas por los senderos, guiándose en la oscuridad como buena hija de la huerta, marchaba a Valencia, mientras su marido, aquel buen mozo que tan caro le costaba, seguía roncando en el caliente *estudi*, bien arrebujado en las mantas del camión matrimonial.

Los que compraban las verduras al por mayor para revenderlas conocían bien a aquella mujercita que antes del amanecer estaba ya en el Mercado de Valencia, sentada en sus cestos, tiritando bajo el delgado y raído mantón, mirando con envidia, de la que no se daba cuenta, a los que bebían una taza de café para combatir el fresco de la mañana, esperando con paciencia de bestia sumisa que le diesen por las verduras el dinero que se había fijado en sus complicados cálculos para mantener a Tòni y llevar la casa adelante.

Después de la venta, otra vez hacia la barraca, corriendo apresurada para salvar una hora de camino.

Entraba de nuevo en funciones para desarrollar una segunda industria: tras las verduras, la leche. Y tirando del ronzal de la rubia vaca, que llevaba pegado al rabo como amoroso satélite el juguetero ternero, volvía a la ciudad con la varita bajo el brazo y la medida de estaño para servir a los parroquianos.

La *Ròcha*, que así llamaban a la vaca por sus rubios pelos, mugía dulcemente, estremeciéndose bajo la gualdra

pa de arpillera, herida por el fresco de la mañana, volviendo sus ojos húmedos hacia la barraca que se quedaba atrás con su establo negro, de ambiente pesado, en cuya olorosa paja pensaba con la voluptuosidad del sueño no satisfecho.

Pepeta la arreaba con la vara: se hacía tarde, se quejarían los parroquianos. Y la vaca y el ternerillo trotaban por el centro del camino de Alboraya, hondo, fangoso, surcado de profundas carrileras.

Por los altos ribazos, con un brazo en la cesta y el otro balanceante, pasaban los interminables cordones de cigarreras e hilanderas de seda, toda la virginidad de la huerta que iba a las fábricas, dejando con el revoloteo de sus faldas una estela de castidad ruda y áspera.

Esparcíase por los campos la bendición de Dios.

Tras los árboles y casas que cerraban el horizonte asomaba el sol como enorme oblea roja, lanzando horizontales agujas de oro que obligaban a cubrirse los ojos. Las montañas del fondo y las torres de la ciudad tomaban un tinte sonrosado; las nubecillas que bogaban por el cielo colorábanse como madejas de seda carmesí; las acequias y los charcos del camino parecían poblarse de peces de fuego; sonaba en el interior de las barracas el arrastre de la escoba, el chocar de la loza, todos los ruidos de la limpieza matinal; las mujeres agachábanse en los ribazos, teniendo al lado el cesto de la ropa por lavar; saltaban en las sendas los pardos conejos con su sonrisa marrullera, enseñando, al huir, las rosadas posaderas partidas por el rabo de buey y sobre los montones de rubio estiércol, el gallo, rodeado de sus mansas odaliscas, lanzaba un grito de sultán irritado, con el ojo ardiente y rojo de rabia.

Pepeta, insensible a aquel despertar, que presenciaba todos los días, continuaba la marcha, cada vez con más prisa, el estómago vacío, las piernas doloridas y con las pobres ropas interiores impregnadas de un sudor de debilidad propio de su sangre blanca y delgada, que a lo mejor escapábase durante semanas enteras, contravieniendo las reglas de la naturaleza.

La avalancha de gente laboriosa que entraba en Valencia llenaba los puentes. Pepeta pasó por entre los obreros de los arrabales que llegaban con el saquito del almuerzo al cuello, se detuvo en el fielato de Consumos para tomar su resguardo —unas cuantas monedas que todos los días le llegaban al alma—, y se metió por las desiertas calles que animaba el cencerro de la *Ròcha* con monótona melodía bucólica, haciendo soñar a los adormecidos burgueses con verdes prados y escenas idílicas de pastores.

Pepeta tenía sus parroquianos en toda la ciudad. Era su marcha una enrevesada peregrinación por las calles, deteniéndose ante las cerradas puertas; un aldabonazo aquí, tres y repique más allá, y siempre, a continuación, el grito estridente y agudo que parecía imposible saliera de su pobre y raso pecho: «¡*La lleet!*!». Y jarro en mano bajaba la criada desgreñada, en chancleta y con los ojos hinchados, a recibir la leche, o la vieja portera todavía con la mantilla que se puso para ir a misa.

A las ocho quedaban servidos todos los parroquianos. Pepeta estaba cerca del barrio de Pescadores.

También allí encontraba despacho, y la pobre labradora penetró valerosamente en los sucios callejones, que parecían muertos a aquella hora. Siempre, al entrar, sentía cierto desasosiego, una repugnancia instintiva de es-

tómago delicado; pero su espíritu de mujer honrada y enferma sabía sobreponerse, y continuaba adelante con cierta altivez satisfecha, con el orgullo de la hembra casta, consolándose al ver que ella, débil y agobiada por la miseria, aún era superior a otras.

De las cerradas y silenciosas casas salía el hálito de la crápula barata, ruidosa y sin disfraz: un olor de carne adobada y putrefacta, de vino y de sudor; y por las rendijas de las puertas parecía escapar la respiración entrecortada y brutal del sueño aplastante después de una noche de caricias de fiera y caprichos amorosos de borracho.

Pepeta oyó que la llamaban. En la puerta de una escalerilla le hacía señas una buena moza, despechugada, fea, sin otro encanto que el de una juventud próxima a desaparecer; los ojos húmedos, el moño torcido, y en las mejillas manchas del colorete de la noche anterior: una caricatura, un *clown* del vicio.

La labradora, apretando los labios con un mohín de orgullo y desdén para que las distancias quedasen bien marcadas, comenzó a ordeñar las ubres de la *Ròcha* dentro del jarro que le presentaba la moza. Ésta no quitaba la vista de la labradora.

—Pepeta... —dijo con acento indeciso, como si no tuviera la certeza de que era ella misma.

Pepeta levantó la cabeza; por primera vez fijó sus ojos en la mujerzuela, y también pareció dudar.

—Rosario... ¿eres tú?

Sí, ella era; lo afirmaba con tristes movimientos de cabeza. Y Pepeta, inmediatamente, manifestó su extrañeza. ¡Ella allí! ¡Hija de unos padres tan honrados! ¡Qué vergüenza, Señor!...

La ramera, por costumbre del oficio, intentó acoger con cínica sonrisa, con la expresión del que está en el secreto de la vida y no cree en nada, aquellas exclamaciones de la escandalizada labradora; pero la fija mirada de los ojos claros de Pepeta pareció avergonzarla, y bajó la cabeza como si fuese a llorar.

No; ella no era mala. Había trabajado en las fábricas, había sido criada, pero al fin sus hermanas le dieron el ejemplo, cansadas de sufrir hambre; y allí estaba, recibiendo unas veces cariños y otras bofetadas, hasta que reventase para siempre. Era natural: donde no hay padre y madre, la familia termina así. De todo tenía la culpa el amo de la tierra, aquel don Salvador que de seguro ardía en los infiernos. ¡Ah, ladrón!... ¡Y cómo había perdido a la familia!

Pepeta olvidó su actitud fría y reservada para unirse a la indignación de la muchacha. Verdad, todo verdad; aquel tío avaro tenía la culpa. La huerta entera lo sabía. ¡Válgame Dios, y cómo se pierde una familia! ¡Tan bueno que era el pobre *tío Barret!* ¡Si levantara la cabeza y viese a sus hijas!... Ya sabían allá que el pobre padre había muerto en Ceuta hacía dos años; y en cuanto a la madre, la infeliz vieja había acabado de padecer en una cama del hospital. ¡Las vueltas que da el mundo en diez años! ¿Quién les hubiera dicho a ella y a sus hermanas, que estaban en su casa como reinas, que acabarían de tal modo? ¡Señor! ¡Señor! ¡Libradnos de una mala persona!...

Rosario se animaba con la conversación; parecía rejuvenecerse ante aquella amiga de la niñez. Sus ojos, antes muertos, chispeaban al recordar el pasado. ¿Y su barra-

ca? ¿Y las tierras? Seguían abandonadas, ¿verdad?... Aquello le gustaba: ¡que reventaran, que se hicieran la santísima los hijos del pillo de don Salvador! Era lo único que la consolaba; estaba muy agradecida a Pimentó y a todos los de allá porque habían impedido que otros entrasen a trabajar lo que de derecho pertenecía a la familia. Y si alguien quería apoderarse de aquello, ya era sabido el remedio... ¡Pum! Un escopetazo que le deshiciera la cabeza.

La moza enardecíase; brillaban sus ojos con chispas de ferocidad: resucitaba dentro de la ramera, pasiva bestia acostumbrada a los golpes, la hija de la huerta, que desde que nace ve la escopeta colgada tras la puerta y en los días de fiesta aspira con delicia el humo de la pólvora.

Después de hablar del triste pasado, la despierta curiosidad de Rosario fue preguntando por todos los de allá, y acabó por fijarse en Pepeta. ¡Pobrecita! Bien se veía que no era feliz. Joven aún, sólo revelaban su edad aquellos ojazos claros de virgen, inocentones y tímidos. El cuerpo, un puro esqueleto; y en el pelo rubio, de un color de mazorca tierna, aparecían ya las canas a puñados antes de los treinta años. ¿Qué vida le daba Pimentó? ¿Siempre tan borracho y huyendo del trabajo? Ella se lo había buscado, casándose contra los consejos de todo el mundo. Buen mozo, eso sí; le temblaban todos en la taberna de *Copa*, los domingos por la tarde, cuando jugaba al *truc* con los más guapos de la huerta; pero en casa debía ser un marido insufrible. Aunque bien mirado, todos los hombres eran iguales. ¡Si lo sabría ella! Unos perros que no valían la pena de mirarlos. ¡Hija!, ¡y qué desmejorada estaba la pobre Pepeta!

Un vozarrón de marimacho bajó como un trueno por el hueco de la escalerilla.

—¡Elisa!... Sube pronto la leche. El señor está esperando.

Rosario comenzó a reír como una loca. Ahora se llamaba Elisa: ¿no lo sabía? Era exigencia del oficio cambiar el nombre, así como hablar con acento andaluz. Y remedaba con burda gracia la voz del marimacho de arriba.

Pero a pesar de su regocijo, tuvo prisa en retirarse. Temía a los de arriba. El vozarrón o el señor de la leche podían darle algo por la tardanza. Y subió veloz por la escalerilla, después de recomendar mucho a Pepeta que pasase alguna vez por allí para recordar las cosas de la huerta.

El cansado esquilón de la *Ròcha* repiqueteó más de una hora por las calles de Valencia; soltaron las mustias ubres hasta la última gota de leche insípida, producto de un mísero pasto de hojas de col y desperdicios, y por fin Pepeta emprendió la vuelta a la barraca.

La pobre labradora caminaba triste y pensativa. La había impresionado el encuentro; recordaba, como si hubiera sido en el día anterior, la espantosa tragedia que se tragó al tío Barret con toda su familia.

Desde entonces que los campos que hacía más de cien años trabajaban los ascendientes del pobre labrador estaban abandonados a la orilla del camino. Su barraca, deshabitada, sin una mano misericordiosa que echase un remiendo a la cubierta ni un puñado de barro a las grietas de las paredes, se iba hundiendo lentamente.

Diez años de continuo tránsito junto a aquella ruina bastaban para que la gente no se fijase ya en ella. La misma Pepeta hacía tiempo que no había parado su aten-

ción en la vieja barraca. Ésta sólo interesaba a los muchachos, que, heredando el odio de sus padres, se metían por entre las ortigas de los campos abandonados para acribillar a pedradas la abandonada vivienda, abriendo anchas brechas en la cerrada puerta, o para cegar con tierra y pedruscos el pozo que se abría bajo la vetusta parra.

Pero aquella mañana, Pepeta, influida por su reciente encuentro, se fijó en la ruina y hasta se detuvo en el camino para verla mejor.

Los campos del tío Barret, o más bien dicho, del judío don Salvador y sus descomulgados herederos, eran un oasis de miseria y abandono en medio de la huerta tan fecunda, trabajada y sonriente. Diez años de abandono habían endurecido la tierra, haciendo brotar de sus infecundas entrañas todas las plantas parásitas, todos los abrojos que Dios ha criado para castigo del labrador. Una selva enana, enmarañada y deforme se extendía sobre aquellos campos, con un oleaje de extraños tonos verdes, matizado aquí y allá por flores misteriosas y raras, de esas que sólo surgen de las ruinas y los cementerios.

En las frondosidades de aquella selva, alentados por la seguridad de la guarida, crecían y se multiplicaban toda suerte de bichos asquerosos, derramándose en los campos vecinos: lagartos verdes de lomo rugoso, enormes escarabajos con caparazón de metálico reflejo, arañas de patas cortas y vellosas, y hasta culebras que se corrían a las acequias inmediatas. Allí vivían, en el centro de la hermosa y cuidada vega, formando estado aparte, devorándose unos a otros; y aunque causaban algún daño a los labradores, los respetaban hasta con cierta venera-

ción, pues las siete plagas de Egipto parecían poca cosa a los de la huerta para arrojarlas sobre aquellos terrenos malditos.

Las tierras del tío Barret no habían de ser nunca para los hombres; que anidasen, pues, en ellas los bicharracos asquerosos, y cuantos más, mejor.

En el centro de estos campos de desolación, que se destacaban sobre la hermosa vega como una mancha de mugre en un manto regio de verde terciopelo, alzábase la barraca, o más bien dicho, caía, con su montera de paja despanzurrada, enseñando por las aberturas que agujerearon el viento y la lluvia el carcomido costillaje de madera. Las paredes, arañadas por las aguas, mostraban los adobes de barro, sin más que algunas ligerísimas manchas blancas que delataban el antiguo enjabelgado; la puerta estaba rota por debajo, roída por las ratas, con grietas que la cortaban de un extremo a otro; las dos o tres ventanillas, completamente abiertas y martirizadas por los vendavales, pendían de un solo gozne e iban a caer de un momento a otro, apenas soplase una buena ventolera.

Aquella ruina apenaba el ánimo, oprimía el corazón. Parecía que del casuco abandonado iban a salir fantasmas en cuanto cerrase la noche; que de su interior partían gritos de personas asesinadas; que toda aquella maleza era un sudario que ocultaba centenares de trágicos cadáveres.

Cosas horribles era lo que inspiraba la contemplación de los campos abandonados; y su tétrica miseria aún descollaba más con el contraste de las tierras que los rodeaban, rojas, bien cuidadas, con sus correctas filas de hortalizas y sus arbolillos, a cuyas hojas daba el otoño una

transparencia acaramelada. Hasta los pájaros huían de aquellos campos de muerte, tal vez por temor a los animaluchos que rebullían bajo la maleza o por husmear el hálito de la desgracia.

Sobre la rota techumbre de paja, si algo se veía revolotear eran alas negras y traidoras, plumajes fúnebres que al agitarse hacían enmudecer los árboles cargados de gozosos aleteos y juguetones píidos, quedando silenciosa la huerta, como si no hubiese gorriones en media legua a la redonda.

Pepeta iba a seguir adelante, hacia su blanca barraca, que asomaba entre los árboles algunos campos más allá; pero hubo de permanecer inmóvil en el alto borde del camino, para que pasase antes un carro cargado que avanzaba dando tumbos y parecía venir de la ciudad.

Su curiosidad femenil se excitó al fijarse en él.

Era un pobre carro de labranza tirado por un rocín viejo y huesudo, al que ayudaba en los baches difíciles un hombre alto que marchaba junto a él animándole con gritos y chasquidos de tralla.

Vestía de labrador; pero el modo de llevar el pañuelo anudado a la cabeza, sus pantalones de pana y otros detalles de su traje, delataban que no era de la huerta, donde el adorno personal ha ido poco a poco contaminándose del gusto de la ciudad. Era labrador de algún pueblo lejano: tal vez venía del riñón de la provincia.

Sobre el carro amontonábanse, formando pirámide hasta más arriba de los varales, toda clase de objetos domésticos. Era la emigración de una familia entera. Tísicos colchones, jergones rellenos de escandalosa hoja de maíz, sillas de esparto, sartenes, calderas, platos, cestas,

verdes banquillos de cama, todo se amontonaba sobre el carro, sucio, gastado, miserable, oliendo a hambre, a fuga desesperada, como si la desgracia marchase tras la familia pisándole los talones. Y en la cumbre de este revoltijo veíanse tres niños abrazados que contemplaban los campos con los ojos muy abiertos, como exploradores que visitan un país por vez primera.

A pie y tras el carro, como vigilando por si algo caía de éste, marchaban una mujer y una muchacha alta, delgada, esbelta, que parecía hija de aquélla. Al otro lado del rocín, ayudando cuando el carro se detenía en un mal paso, iba un muchacho de unos once años; su exterior grave delataba al niño que, acostumbrado a luchar con la miseria, es un hombre a la edad en que otros juegan. Un perrillo sucio y jadeante cerraba la marcha.

Pepeta, apoyada en el lomo de su vaca, les veía avanzar, poseída cada vez de mayor curiosidad. ¿Adónde iría la pobre gente?

El camino aquel, afluyente al de Alboraya, no iba a ninguna parte: se extinguía a lo lejos, como agotado por las bifurcaciones innumerables de sendas y caminitos que daban entrada a las barracas.

Pero su curiosidad tuvo un final inesperado. ¡Virgen santísima! El carro se salía del camino, atravesaba el ruinoso puentecillo de troncos y tierra que daba acceso a las tierras malditas, y se metía por los campos del tío Barret, aplastando con sus ruedas la maleza respetada.

La familia seguía detrás, manifestando con gestos y confusas palabras la impresión que le causaba tanta miseria, pero en línea recta hacia la destrozada barraca, como quien toma posesión de lo que es suyo.

Pepeta no quiso ver más. Ahora sí que corrió de veras hacia su barraca. Hasta para llegar antes abandonó la vaca y el ternero, que siguieron su marcha tranquilamente, como quien no se preocupa de las cosas humanas y tiene el establo seguro.

Pimentó estaba tendido a un lado de su barraca, fumando perezosamente, con la vista fija en tres varitas untadas con liga, puestas al sol, y en torno de las cuales revoloteaban algunos pájaros. Aquella ocupación era de señor.

Al ver llegar a su mujer con los ojos asombrados y el pobre pecho jadeante, Pimentó mudó de postura para escuchar mejor, recomendándola que no se aproximase a las varitas.

Vamos a ver, ¿qué era aquello? ¿Le habían robado la vaca?

Pepeta, con la emoción y el cansancio, apenas podía decir dos palabras seguidas.

Las tierras de Barret... una familia entera... iban a bajar, a vivir en la barraca. Ella lo había visto.

Pimentó, cazador con liga, enemigo del trabajo y terror de la contornada, no pudo conservar su gravedad impasible de gran señor ante tan inesperada noticia.

—*¡Recontracordóns!*

De un salto puso recta su pesada y musculosa humanidad, y echó a correr sin aguardar más explicaciones.

Su mujer vio cómo corría a campo traviesa hasta un cañal inmediato a las tierras malditas. Allí se arrodilló, se echó sobre el vientre, para espiar por entre las cañas como un beduino al acecho, y pasados algunos minutos volvió a correr, perdiéndose en aquel dédalo de sendas,

cada una de las cuales conducía a una barraca, a un campo donde se encorvaban los hombres haciendo brillar en el espacio el azadón como un relámpago de acero.

La huerta seguía risueña y rumorosa, impregnada de luz y de susurros, aletargada bajo la cascada de oro del sol de la mañana.

Pero a lo lejos sonaban gritos y llamamientos: la noticia se transmitía a grito pelado de un campo a otro campo, y un estremecimiento de alarma, de extrañeza, de indignación, corría por toda la vega, como si no hubieran transcurrido los siglos y circulara el aviso de que en la playa acababa de aparecer una galera argelina buscando cargamento de carne blanca.

Capítulo 2

Cuando en época de cosecha contemplaba el tío Barret los cuadros de distinto cultivo en que estaban divididos sus campos, no podía contener un sentimiento de orgullo, y mirando los altos trigos o las coles con su cogollo de rizada blonda, los melones asomando el verde lomo a flor de tierra y los pimientos y tomates medio ocultos por el follaje, alababa la bondad de sus tierras y los esfuerzos de todos sus antecesores al trabajarlas mejor que las demás de la huerta.

Toda la sangre de sus abuelos estaba allí. Cinco o seis generaciones de Barrets habían pasado la vida labrando la misma tierra, volviéndola al revés, medicinando sus entrañas con ardoroso estiércol, cuidando que no decreciera su jugo vital, acariciando y peinando con el azadón y la reja todos aquellos terrones, de los cuales no había uno que no estuviera regado con el sudor y la sangre de la familia.